



La Sibila del Rin

ADELA MUÑOZ PÁEZ

En la Edad Media, conventos y monasterios fueron el principal refugio de las personas deseosas de saber. De entre ellas, destaca Hildegarda de Binge, que logró acceso a un conocimiento y un poder mucho mayor de lo otorgado a la mujer medieval.

La alemana Hildegarda de Bingen fue recluida con sólo ocho años en un convento benedictino por considerar su familia que no era lo suficientemente fuerte para tener hijos y que no iba a llegar a la edad adulta. Pero, a pesar de su mala salud, Hildegarda vivió más de ochenta años y desarrolló una deslumbrante producción artística y científica entre los muros de los conventos. Fue una de las mujeres más polifacéticas y fascinantes de la Edad Media.

Nació en 1098, en la región del río Nahe, de la cuenca del Rin, y fue instruida en el convento, recibiendo clases de latín, sagradas escrituras, oración y música. Tras ser elegida abadesa a la muerte de su tutora Jutta en el año 1136, fundó un nuevo convento en Rupertsberg, cerca de la ciudad de Bingen, para no estar sometida a la tutela de los monjes del monasterio anexo al suyo. Fue entonces cuando tuvo una visión que le ordenaba escribir cuanto había visto y oído. Tras muchas vacilaciones por creer que su anhelo podía estar inspirado por el demonio, comenzó a escribir su obra más famosa, *Scivias: conoce los caminos de Dios*.

Entre 1150 y 1160 trabajó en su obra más notable desde el punto de vista científico, una enciclopedia de filosofía natural,

Physica, que contenía descripciones de plantas, animales y piedras, así como de sus aplicaciones médicas. Aunque no puede considerarse un texto científico con los criterios de hoy, fue lo más parecido a ellos y la única obra de ese tipo escrita en el Occidente cristiano durante esa época. Incluye una recopilación exhaustiva del saber de entonces, que recoge tanto el conocimiento obtenido a través de San Isidoro de Sevilla o traído por los cruzados desde el mundo árabe, como el adquirido por la observación directa de la naturaleza y la interpretación mágica de los fenómenos naturales de causas desconocidas.

EN SUS OBRAS SE REFIRIÓ A LAS ENFERMEDADES DE LAS MUJERES Y A LAS RELACIONES SEXUALES, TEMAS QUE LOS MÉDICOS VARONES SOLÍAN EVITAR

Como los monasterios funcionaban entonces como hospitales, tuvo ocasión de tratar a muchos enfermos y a partir de su experiencia compuso *Causae et curae*, un tratado de medicina compleja donde relaciona su concepto místico del universo con las enfermedades del hombre. En sus obras se refirió de forma especial a las enfermedades de las mujeres y a las relaciones sexuales, temas que los médicos varones solían evitar.

Escribió además varios libros de visiones, tratados teológicos, biografías, himnos y poemas, un misterio teatral y la primera música sacra compuesta por una mujer, que hoy empieza a ser conocida. Además, fue una notable dibujante que empleaba una



RERATO DE HILDEGARDA DE BINGEN (1098-1179).

simbología propia para definir el universo y la posición del hombre y de Dios en él. Sus dibujos, uno de los cuales recuerda mucho al *Vitrubio* de Leonardo da Vinci, resultan muy llamativos por su originalidad y su deslumbrante uso del color, sobre todo el rojo, para ella el símbolo de la vida. En la mayor parte de ellos se representa a sí misma en una esquina, escribiendo sobre tablillas de cera y recibiendo la inspiración divina, simbolizada por una especie de llama roja que llega a su cabeza desde las alturas. En muchas de estas miniaturas aparece acompañada del monje Volmar, su ayudante y confesor, y de la hermana Richardis, su asistente y discípula predilecta. Al ser nombrada superiora de otro convento, Richardis se vio forzada a dejar el de Bingen, causando con ello una gran pena a Hildegarda, hasta tal punto que ésta no dudó en escribir al obispo, a la madre de Richardis y al mismísimo Papa, para dejar sin efecto el nombramiento. Todos sus esfuerzos resultaron baldíos. Fue curiosa e intensa la relación que hubo entre estas dos mujeres, con el final trágico de la muerte de

Richardis antes de cumplir los 30 años. Esta historia ha sido llevada al cine en 2009 por Margarita von Trotta con el título de *Visión*.

Hildegarda mantuvo una abundante correspondencia en alemán y en latín, de la cual se conservan más de 200 cartas, con los más destacados personajes de la época, entre ellos los Papas Eugenio III, Anastasio IV, Alejandro III, el emperador Federico Barbarroja, el rey Enrique II de Inglaterra y su esposa la reina Leonor de Aquitania y Bernardo de Clairvaux, fundador de la orden de los templarios. No dudaba en amonestarlos severamente cuando consideraba que no se comportaban como ella interpretaba que Dios deseaba, y ninguno se atrevió a contradecirla, ya que el Papa Eugenio la había declarado profetisa o “sibila”.

Su obra es tan polifacética que es difícil decidir qué es lo más deslumbrante de ella, si haber realizado el más exhaustivo compendio de botánica y zoología de la época, haber sido la primera persona en referirse al orgasmo femenino o haber inventado una lengua nueva, la lengua ignota. Hildegarda siempre hizo creer que todos sus conocimientos se debían a la inspiración divina, y siempre se refería a sí misma como *paupercula femina*, una pobrecita mujer. Nunca sabremos si estaba convencida de estar inspirada por Dios, o si ese fue el medio que ideó para dar credibilidad a su obra.

Tras su muerte, en 1179, los conventos dejaron de ser un refugio para las mujeres estudiosas y éstas se vieron obligadas a salir al mundo a la búsqueda del conocimiento. ■

.....
Adela Muñoz Páez es catedrática de Química Inorgánica de la Universidad de Sevilla. Desde noviembre de 2008 tiene la página web hypatia.es, que recoge información sobre mujeres científicas de todos los tiempos, tema sobre el que da cursos y charlas y publica artículos de divulgación.